

## MENTIRAS Y MÁS MENTIRAS

Un amigo mexicano me decía no hace mucho que la violencia en aquel hermoso país podía tener su origen en la laicización de la vida cívica. Según él, al abandonar los valores y principios de la iglesia católica, se había producido una gran pérdida y no se había sabido o podido sustituir esos valores desde una perspectiva plenamente civil y no confesional.

De ese modo, seguía, se había llegado al estado de violencia actual, de delincuencia y corrupción de las personas y las instituciones. Sin embargo, desde la mirada de un observador ajeno y lejano, no sólo en México, sino en toda Centroamérica, se está dando ese fenómeno de la violencia, gratuita en muchos casos, y, en otros, producto de la miseria y la falta de esperanza.

Al mismo tiempo, aunque unos estados se declaren laicos con una separación casi diría que extrema, como es el caso de México, entre la iglesia y las instituciones, u otros se declaren cristianos, socialistas y democráticos, como lo es Nicaragua actualmente, lo cierto es que la religiosidad del pueblo se expresa de manera evidente y con fuerza en muchos aspectos; desde la recuperación de rituales prehispánicos, pasando por la proliferación de iglesias evangélicas, hasta un catolicismo acendrado, exigente y luchador.

Lo que en aquellas tierras no se encuentra es, por una parte, un estándar de vida tan homogéneo como se pueda hallar en Europa, donde, a pesar de la crisis económica que ha empezado a abrir brechas profundas, las situaciones de pobreza, al menos hasta ahora, ni eran tan profundas ni sin salida, ni coexistían con riquezas insultantes en manos de unos pocos, como sucede allá. Es decir, en muchos lugares de Centroamérica conviven, a la par, personas en régimen de estricta subsistencia, cuando no de hambre y miseria, con personas, muy pocas, que gozan de un estatuto privilegiado a veces poco frecuente en Europa.

Esa situación de desigualdad manifiesta se ve paliada por las actitudes y acciones de las iglesias o de las confesiones, que atraen a la gente y les dan un punto de dignidad, apoyo material y esperanza, todo a partes iguales.

De manera que no podemos comparar la laicización de Europa con la de Centroamérica, en donde la religión más extendida, la católica, sigue dando, en muchos casos en expresiones milagreras y pietistas, pero en otras con verdadero trabajo social y de formación en profundidad, soporte a las poblaciones.

En Europa, a pesar de las crisis y de la pérdida indudable de valores o al menos la relajación de muchos como el sentido de la veracidad, la responsabilidad, el esfuerzo personal o la austeridad de vida, la laicización todavía no ha desembocado en casos de tan grave violencia.

Cabría, sin embargo, plantearse si los vaivenes económicos a que está sometida la Unión Europea no sean una forma nueva de guerra tan cruenta o más que la que puedan estar librando estados centroamericanos con el narcotráfico o con pandillas.

En cualquier caso, lo que sí es digno de señalar es que organismos dependientes de manera directa o indirecta de la acción de la iglesia católica, como es el caso de Caritas, están dando ejemplo de reacción ante las nuevas situaciones de pobreza extrema que están afectando a la población antes perteneciente a una clase media, ilustrada y acomodada.

Pero, la iglesia europea, en general, no parece tener voz en este conflicto. En general, y en España en particular, parece vivir recluida en sus parroquias y centros, sin que su voz salga a la calle, más que si se trata de hablar del aborto o de lo que ella entiende que toca al sexto mandamiento. Así mismo, cada vez son más las

personalidades que se dedican a una teología en sintonía con el Evangelio que se ven coartadas y constreñidas por las autoridades eclesiásticas que ven, no tendrán nada mejor que hacer, herejías por todos lados.

Mientras un mexicano se pregunta, y quizá no acierta o sí, por la pérdida de valores religiosos como la raíz de los males que aquejan a su país, en este lado del Atlántico, muchos se sienten poseedores de la verdad, pero no la ponen al servicio del común, más que en cuestiones que no preocupan a nadie en este momento.

La impresión que todo ello me produce es que hemos perdido el norte, en cualquier caso. Vivimos unos de espaldas a los otros, tan sólo dedicados a nuestros propios problemas. La prima de riesgo se está convirtiendo en el único problema real y termina afectándonos a todos. Las desgracias personales se magnifican y se resuelven a base de un pietismo que probablemente esconde deseos no confesables. En definitiva, salvo aquellos que actúan, en general, nos quedamos sentados en casa, mirándonos el ombligo o la curva de la bolsa, que viene a ser lo mismo, y contándonos mentiras que disfrazamos de política económica o de oración ferviente.

Si en América todavía la iglesia ofrece un trabajo que mueve a la esperanza, combinando sabiamente la oración con el esfuerzo y el afán de superación, en este lado del gran océano, la iglesia no ofrece sino un lenguaje obsoleto, cada vez más lejano al espíritu del Evangelio y además lo presenta bajo tintes sombríos, iracundos e inmisericordes, al tiempo que clama por una justicia que ni ella misma se cree.

No creo, pues, que la violencia de allí sea producto sino de la miseria, la incuria y la falta de esperanza, hábilmente manipuladas por intereses no declarados. No creo que la violencia de aquí responda sino a la misma incuria, el mismo lenguaje obsoleto y el mismo miedo a una pérdida de poder manifiesta.

No es que no se haya sabido acuñar valores cívicos, es que no hay lugar para pensar en eso cuando hay hambre. No es que aquí no hayan sabido acuñar valores cívicos, que tampoco, sino que se tiene miedo a perder una paz y un bienestar pancista y burgués de la peor estofa.

Allí se asesina, aquí se mantiene a la gente en la sumisión y la dependencia. Este parece ser un asesinato menor.

Me da la impresión de que la verdad es algo molesto, que no tiene cabida en este mundo nuestro. Es mejor mentir y creer que se está salvando el alma. Así que no será de la iglesia de Europa de donde le venga la salvación al mundo. Más bien es de esperar que aquellas iglesias de allá puedan armarse de valor y además de seguir en su arriesgada tarea, sean capaces de venir a evangelizarnos.